

# Historiadores



## Entrevista

## Heracio Bonilla

**E**sta entrevista busca indagar la trayectoria humana y académica de uno de los historiadores latinoamericanos más destacados de la segunda mitad del siglo XX, conocer su formación disciplinaria, sus empresas investigativas y su participación en proyectos de resonancia continental como CLACSO. El profesor Bonilla se encuentra en la actualidad vinculado a la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, en donde ha ejercido la docencia y fue Director de los Posgrados del Departamento de Historia. La entrevista fue realizada en Bogotá el 10 de mayo de 2002 por el profesor de la Universidad Nacional de Colombia, Mauricio Archila, y la entonces estudiante de la carrera de Historia de la misma universidad, Helena Pérez, y fue actualizada para la Revista *Historias*.

**Historias:** ¿Podría reconstruir brevemente para nosotros cómo fueron sus primeros acercamientos a las ciencias sociales?, ¿Qué influencias marcaron su formación y qué experiencias moldearon su trayectoria intelectual?

**Heracio Bonilla:** Ingresé a San Marcos, que dicen es la primera Universidad pública de este continente. Fue en 1959, a la Facultad de Derecho, porque creía con ingenuidad que el conocimiento, o la manipulación de las leyes, me permitirían salir en defensa de los intereses de los pobres. No pasó mucho tiempo para darme cuenta que eso no era así. Luego quise estudiar Arqueología, pero un arqueólogo hoy famoso, que era entonces

asistente, me señaló que el inicio en esa noble profesión empezaba con la limpieza de una inacabable montaña de tuestos y de cerámica, frustrando en el embrión lo que tal vez hubiera sido una vocación distinta. Por fortuna, el conocimiento de tres antropólogos, José María Arguedas, José Matos Mar, y John V. Murra, en ese momento docentes en San Marcos, despertaron y orientaron mi formación en el terreno de la Antropología. Los dos primeros me enseñaron a mirar y a conocer el Perú y los Andes, el último a conocer la trayectoria de esa noble disciplina. Con todo, los paradigmas dominantes de la Antropología en los años de mi formación eran muy renuentes al análisis y al conocimiento del cambio social, razón por la cual descubrí un continente más promisorio al tomar en el último semestre académico un curso sobre la historia rural de México, que era dictada en ese entonces por Francois Chevalier, el autor del gran libro sobre la formación de las haciendas en México y antiguo alumno de Marc Bloch.

**H.:** ¿Cómo era el panorama de la producción historiográfica latinoamericana durante las décadas del sesenta y del setenta?

**H.B.:** El entusiasmo del descubrimiento de la Historia me condujo a Europa, particularmente a Francia e Inglaterra, donde inicié mi formación en esa disciplina y obtuve finalmente el doctorado. Fueron siete años de ausencia del Perú, de manera que sólo a mi retorno, a inicios de los 70, estaba en condiciones de conocer y evaluar la producción historiográfica nacional. Hablar de la América Latina sería excesivo: mis recursos y mi curiosidad me habían permitido conocer sólo Bolivia. Y a mi retorno constaté tres situaciones bastante contradictorias. Por una parte, fue en Europa donde

conoci a los latinoamericanos que desde los 70 jugaron un papel importante en la organización institucional de las Ciencias Sociales y en la producción del conocimiento en este campo. Por otra, al menos en el Perú, la producción historiográfica era asumida en gran medida todavía por la Academia de Historia, con el énfasis tradicional que se imagina. Finalmente, constaté que el marxismo era el paradigma dominante en la enseñanza y en la polémica de las disciplinas sociales, no tanto en la investigación, como consecuencia del carácter talmúdico que en ese momento tenían Marx y el marxismo para sus devotos.

**H.:** ¿Qué animó la conformación de CLACSO?, ¿En qué contexto histórico se inscribe?

**H.B.:** La situación anterior fue una de las razones que llevó a un grupo de colegas, a aquellos que nos conocimos en Europa y más tarde en los Estados Unidos, a promover la creación de un espacio que permitiera que esos profesionales se reunieran también en el continente, a fin de que discutieran sus trabajos aquí, que tomaran la experiencia latinoamericana como un parámetro para confrontar la teoría social producida en el primer mundo, y que iniciaran una investigación de un nuevo signo, es decir, que no fuera crudamente parroquial, que no pensara que la investigación histórica es la acumulación de información sin sentido, que vinculara la teoría y la realidad, y que no se limitara a repetir fórmulas vacías. En torno a esas premisas nació la Comisión de Historia Económica de la América Latina, en el marco del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y cuya sede fue, y sigue siendo, Buenos Aires. Lo que sé de la América Latina lo debo al encuentro, al diálogo, y al trabajo

con esos colegas, y a la oportunidad que tuve de conocer de primera mano, al fin, la realidad del continente, ya sea a través de la enseñanza o de las reuniones itinerantes que tenía la Comisión. Por cierto que la historia de este continente no permitía que todo fuera paz y calma. Las persecuciones y los exilios terminaron convirtiendo al continente en una vasta diáspora, que hizo posible que muchos de estos países se beneficiaran de esos desplazamientos forzados.

**H.:** ¿Cuál cree usted que es el balance retrospectivo de los logros de esta iniciativa?, ¿Cómo contribuyó al desarrollo del ejercicio de la historia en América Latina? En estos treinta años, la historiografía latinoamericana ha avanzado en la explicación de muchos problemas. ¿En qué medida ha sido así, cuáles son las nuevas preguntas, cuáles son las preguntas pendientes?

**H.B.:** Sin duda que la Comisión, pero no sólo ella, sino la creciente profesionalización de los historiadores, como consecuencia de una formación rigurosa dentro y fuera del continente, permiten constatar que el nivel alcanzado por las investigaciones históricas en la América Latina sea completamente diferente al que existía tres o cuatro décadas antes. Y ese nivel en nada tiene que envidiar a lo mejor de aquello que se produce en Europa o en los Estados Unidos. Permitame citar dos ejemplos, entre muchos otros que no menciono por razones de espacio y con las excusas respectivas por esta omisión. Desde hace mucho tiempo, por ejemplo, Steve J. Stern, ha señalado la importancia central que tienen los trabajos del historiador cordobés Carlos Sempat Assadourian en el cambio y en la profundización del conocimiento de la historia colonial de Hispanoamérica. Por otra parte, Perry

Anderson, el actual editor de la *New Left Review* y también profesor de Historia en la Universidad de California en Los Ángeles, ha señalado igualmente que en Córdoba y en Buenos Aires, el llorado "Pancho" Aricó y sus compañeros de *Pasado y Presente* habían descubierto a Gramsci muchas décadas antes que en Europa, a través de discusiones e investigaciones en las que se combinaba la profundidad, la erudición y la plasticidad. Esos logros, por cierto, no debieran traducirse en autocomplacencias frívolas, porque queda aún mucho por hacer. El conocimiento no sólo es desigual por áreas, por países, por períodos; la traducción teórica (una mala palabra en estos tiempos...) de esos hallazgos dista mucho de ser precisa. Además, seguramente los colegas de mi generación lamentarán el prematuro abandono de la historia económica y social, en el sentido fuerte de la palabra, antes de que sus metas mínimas se hayan alcanzado, y su reemplazo por una historia más *light*, con la consiguiente renuncia a seguir encontrando respuestas a los dramas de la gente explotada y pobre de esta parte del planeta.

**H.:** ¿Cómo podría describirse el estado actual de la investigación en la región?, ¿Cómo se contrasta con aquel en el que surgió CLACSO, en el que personas como usted adelantaron sus trabajos?

**H.B.:** Bueno, creo que el cambio más obvio se da en términos de la agenda de la investigación. La historia económica prácticamente desapareció del mapa intelectual, y se puede decir que igual suerte la comparte la historia social. Las razones de esa situación son múltiples y hacen parte de los debates recurrentes, y se pueden encontrar, por ejemplo, en los conocidos artículos del lamentado Jesús Antonio Bejarano o de Mauricio Archila. Hoy, en América Latina como

en el resto del planeta, los así llamados *Estudios Culturales* monopolizan el interés, la curiosidad y, por lo mismo, los recursos, en el campo de la Historia y de las Ciencias Sociales; emergencia saludable e importante, en tanto corrección de los excesos economicistas del pasado relativamente reciente, pero cuestionable, si sus cultores prescinden de la dimensión material de toda realidad, para pasar a proclamar un dogma de un nuevo tipo, pero igualmente vacío. Es este probablemente el mayor cambio en la orientación actual de la historiografía latinoamericana, no la única pero sí la más visible e importante. El otro cambio notable tiene que ver con la formación de los historiadores. La proliferación de programas de Maestría y de Doctorado en Historia en el continente, entre buenos y malos, es algo muy nuevo. En el pasado sólo existía El Colegio de México como centro de formación de postgrado.

**H.:** ¿Cómo interactúan disciplinariamente las diferentes historiografías nacionales?, ¿Existe el riesgo de que lo Latinoamericano se limite a una sumatoria de experiencias que pasan por lo nacional?, ¿Qué tipo de esfuerzos responden a esta preocupación?

**H.B.:** La historiografía latinoamericana, pese a CLACSO o a las FLACSO, sigue siendo cerradamente nacional, menos que antes, pero en gran medida todavía parroquial. En América Latina los historiadores estudiamos la historia del país en que nacimos, realizamos investigaciones sobre eso mismo, publicamos libros sobre la historia nacional y vamos al extranjero llevando con nosotros valijas de documentos sobre nuestro pequeño terruño para documentar la tesis que pensamos escribir. Las librerías y las bibliotecas concentran mayoritariamente libros nacionales,

mientras una revista que difunda artículos de historia de los otros países de la América Latina estará condenada al fracaso porque no encontrará el número adecuado de lectores que permitan su sobrevivencia. Revertir esa situación constituye otro de los retos en la formación y en la cultura, no sólo de los historiadores sino de los ciudadanos corrientes. En esa dirección, eventos como el Primer Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Historia realizado en Villa de Leiva en el 2001 por los estudiantes de Historia de la Sede Bogotá de la Universidad Nacional de Colombia, (luego de este encuentro, tuvo lugar en el año 2003 en Uruguay el II ELEH y en noviembre del 2005 la reunión de estudiantes se realizará en México), me parece un hito decisivo. Pero no debiera ser una estrella solitaria, sino que su práctica debe ser recurrente, acompañada además de la multiplicación de materias y seminarios sobre la América Latina, como también de la circulación permanente de profesores, investigadores y estudiantes. El otro problema es la inexistencia de parámetros convincentes para pensar la historia de la América Latina en su conjunto, porque, por cierto, el todo no es la suma de las partes, ni aquí ni en otro sitio. Y pese a que existan excepciones como las propuestas formuladas por Víctor Bulmer Thomas, Carlos Sempat Assadourian, Perry Anderson, Ruth y David Collier en sus diferentes libros sobre la América Latina, el trabajo por hacer es aún inmenso.



**H.:** Uno de los ejes de esta publicación es la reflexión sobre el espectro comparativo como una forma cognoscitiva pertinente y fértil en relación con la historia

latinoamericana. ¿Cómo trascender las buenas intenciones?, ¿Cómo pulir el planteamiento de los problemas y hacer de las aproximaciones comparativas un verdadero aporte al desarrollo de nuestras historiografías?

**H.B.:** La práctica de la historia de la América Latina, como ejercicio y no como simple retórica, supone la movilización de recursos y voluntades que lo hagan viables. Para comenzar, es necesario dotar a las bibliotecas de cada país con los recursos bibliográficos suficientes como para cubrir la experiencia nacional de cada país. No se puede practicar historia comparada en el vacío y sólo con la imaginación. Luego hay que promover reuniones y seminarios permanentes

para discutir los problemas de frontera en el conocimiento de la historia comparada, a fin de que los investigadores tengan la oportunidad de confrontar el resultado de sus investigaciones; asimismo, sugerir que los estudiantes escriban tesis sobre una experiencia nacional distinta a la suya, lo que supone dotarle de recursos que posibiliten su investigación en archivos foráneos; también promover la participación de historiadores nacionales en encuentros académicos del exterior. Y, *last but not least* —como dicen los norteamericanos— publicar revistas con artículos de historia comparada, de edición no casual sino reiterada y frecuente.

**H.:** Una de las características paradójicas de la historiografía latinoamericana es que un importante volumen de la investigación se produce fuera de América Latina. ¿Cómo coexisten estas dos comunidades, cómo contraponer,

cómo integrar esas dos miradas?

**H.B.:** Quienes se dedican a la investigación y a la publicación de libros sobre el conjunto de la América Latina, es decir que trascienden el aislamiento de cada uno de los países de la región, viven o trabajan en los Estados Unidos o en Europa, con la excepción de dos o tres latinoamericanos que viven en la región. Las razones son obvias: tienen los recursos y las bibliotecas, ventajas absolutas que no pienso que el internet corrija completamente, corregir esta situación supone implementar lo sugerido en el apartado anterior. Con todo, la visión sobre la historia de la América Latina de un norteamericano y de un europeo será distinta a la nuestra, por razones que tienen que ver con la naturaleza del conocimiento en Historia, y menos mal que así sea. Y por lo mismo, sería deseable que los latinoamericanos empezaran también una investigación sistemática sobre la historia de los Estados Unidos o de Europa, siguiendo el camino abierto hace mucho tiempo por la argentina Reyna Pastor de Togneri, con sus estudios sobre la España medieval, o del peruano José María Arguedas, sobre las comunidades rurales de Castilla.

\* Entrevista realizada por Mauricio Archila Neira profesor del departamento de Historia Universidad Nacional de Colombia y Helena Pérez Niño Universidad Nacional de Colombia

\*El más reciente libro del profesor Heraclio Bonilla ha sido publicado bajo el título: *El futuro del pasado. Las coordenadas de la configuración de los Andes*, por el Fondo editorial del Pedagógico San Marcos, en la ciudad de Lima, 2005, II Tomos.